

• IV Jornadas Nacionales del Centro de Literaturas y Literaturas Comparadas y Simposio Cervantino-Shakespeariano. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2016.

El ser y la posmodernidad: una aproximación a la obra de Michel Houellebecq.

Fernando Agustín Urrutia.

Cita:

Fernando Agustín Urrutia (2016). *El ser y la posmodernidad: una aproximación a la obra de Michel Houellebecq.* • IV Jornadas Nacionales del Centro de Literaturas y Literaturas Comparadas y Simposio Cervantino-Shakespeariano. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/fernando.agustin.urrutia/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph2p/4AD>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SER Y LA POSMODERNIDAD: UNA APROXIMACIÓN A LA OBRA DE MICHEL HOUELLEBECQ

Fernando Agustín Urrutia (FaHCE-UNLP)

Urrutiafernando4994@gmail.com

Los dioses han ocultado lo que hace vivir a los hombres.
Hesíodo, *Los trabajos y los días*.

INTRODUCCIÓN:

Violencia, amor, melancolía, deseo, placer, sexo, ciencia, filosofía, misantropía, narcisismo, humor, consumo, arte: a pesar de la aparente sencillez de su prosa, leer a Michel Houellebecq es verdaderamente una “experiencia sensible”, sensible y escandalosa. Y es que pocos escritores, en las últimas décadas, han logrado despertar tanto interés, tanto odio y pasión a la vez como el *enfant terrible* de la literatura francesa actual. Ya desde la publicación de su primera novela, *Ampliación del campo de batalla* (1994), Houellebecq supo darse a conocer gracias al fuerte contenido social y filosófico que contienen sus obras: críticas a la posmodernidad, a la sociedad de consumo, la liberación sexual, el vacío metafísico, entre otros. La totalidad de estos temas son tratados desde una narrativa que ha sido adjetivada con términos como combativa, controversial y lacerante, pero que posee también un incuestionable valor literario, lo que le permitió al autor acomodarse en los podios más prestigiosos de la literatura a nivel mundial, aun cuando la polémica en torno a sus declaraciones islamofóbicas opacó su imagen y desvió el foco de la crítica hacia la construcción de la figura pública de Houellebecq (que alienta, con calculada manipulación de los medios masivos y de su personaje de escritor abatido, romántico y maldito, la identificación, justamente, entre su persona y los protagonistas de sus libros). De este modo, se ha dejado de lado el estudio puramente literario de sus libros, e incluso, dentro de la academia francesa, se lo ha juzgado y rechazado sin haber prestado especial atención al verdadero contenido de sus textos, lo que explica la proliferación de ensayos y tesis sobre la obra de Houellebecq en academias extranjeras, y no en su país de origen.

El estilo del autor, por otra parte, ha sido comparado con el clásico realismo francés del siglo XIX, atravesado por una fuerte influencia de Céline y por la frialdad y desencanto de las novelas existencialistas de Sartre y, sobre todo, de Camus. Así, el realismo se ve rejuvenecido en Houellebecq gracias a una fuerte dosis de ironía, humor desesperado y la angustia existencial de un mundo decadente, pero también por una clara intencionalidad moral, teñida de un sentimentalismo a la vez nostálgico y vil, muchas veces perturbador. No es de extrañar que de la perfecta fusión de estas corrientes literarias surja un arma poderosa con la que atacar la era posmoderna, caracterizada por la caída de los grandes relatos, la sensación de vacío, y el narcisismo en el que se ven inmersos los individuos como síntoma de una lógica de consumo que se ha expandido a todos los niveles de la vida, tanto económicos como subjetivos y hasta metafísicos. Estos tópicos tienen una larga trayectoria en los estudios sociológicos desde mediados del siglo XX, representados, en su mayoría, por los estudios realizados por la Escuela de Frankfurt, y, en especial, por el sociólogo Gilles Lipovetsky sobre la influencia de los *mass media*, el culto de lo banal, el individualismo, la pérdida y reemplazo de los valores universales por una ética mercantil basada en el consumo, entre otros. Todos ellos conforman el tema central del que se han desprendido las diversas interpretaciones que han tenido lugar en la vastedad del universo houellebecquiano, donde confluyen, además, un estilo frío, distanciado, polifónico, altamente cuidado y premeditado, con el que nos brinda una visión apocalíptica del mundo y del sujeto contemporáneo hastiado y prisionero de esa realidad. Hace unos años, en una conferencia dictada en Buenos Aires titulada “El mundo como espejo”, Houellebecq ofrecía la siguiente reflexión sobre su obra:

“Mis libros están más del lado de lo sociológico que de lo psicológico. Verdaderamente, creo que los seres humanos están más explicados por su nivel y su posición social, que por su historia personal. Y eso es muy violento. [...] Esa reducción sociológica es sumamente violenta, de una violencia inusitada” (Houellebecq, 2007, 3)

Esta afirmación es, en parte, verdadera. Sus personajes son sociológicos, pero también poseen una construcción psicológica peculiar, muchas veces en función de esa “violencia inusitada” que se despliega sobre las relaciones humanas. No se debe olvidar que toda psicología es una construcción del mundo, una representación unitaria de la realidad moldeada, inextricablemente, por la experiencia. En Houellebecq esa experiencia está atravesada por un vacío vital, incrédulo y desesperado, venenoso. Y es

en esa visión particular de la realidad donde reside, justamente, el eje fundamental que moviliza la narrativa de Houellebecq: una subjetividad oscura, desencantada, alienada, fuertemente nihilista, marcada por la misantropía y el sentimentalismo, donde la vida se reduce a ser una fuente inagotable de fracasos y, en especial, de sufrimiento. Una subjetividad alimentada, en parte, por las lecturas, las citas y alusiones de los personajes a una tradición filosófica y literaria “malditas”. Por lo tanto, para describir y entender en profundidad la literatura de Houellebecq sería preciso indagar en esa filosofía de raíz existencialista y pesimista que opera detrás de la mera crítica sociológica y de las teorías que sus protagonistas formulan sin cesar (algo que supera con creces los límites de este trabajo). Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Emile Cioran, entre otros, son algunos de los autores que confluyen en la perspectiva desde la que los anti-héroes de Houellebecq observan, interpretan y padecen su existencia, y que buscan generar incansablemente un efecto en el lector: el de la incomodidad, el asco y fundamentalmente, la abyección. De modo que el manejo equilibrado de estos elementos sociológico-filosóficos en pos de la construcción de esa “subjetividad maldita” (enriquecida por la teoría y detonada por las falencias de la sociedad posmoderna) con un estilo puramente literario confluyen en lo que denomino una “estética de la abyección”, que forma parte del horizonte creativo del autor desde sus primeros textos, entre ellos, “Sobrevivir”, manifiesto temprano del autor en el que se dirige a las nuevas generaciones de escritores y poetas, y en donde afirma lo siguiente:

Toda sociedad tiene sus puntos débiles, sus heridas. Meted el dedo en la llaga y apretad bien fuerte. Profundizad en los temas de los que nadie quiere oír hablar. El envés del decorado. Insistid sobre la enfermedad, la agonía, la fealdad. Hablad de la muerte, y del olvido. De los celos, de la indiferencia, de la frustración, de la ausencia de amor. Sed abyectos, seréis auténticos. (1991: 28)

Con el propósito de ahondar en la utilización de estos temas como un motivo literario por parte del autor, nuestro corpus abarcará sus primeras novelas: *Ampliación del campo de batalla* (1994), *Las partículas elementales* (1998), *Plataforma* (2001), y *La posibilidad de una isla* (2005) las cuales forman un tríptico donde se nos brinda una visión soez, pesimista y nostálgica del mundo, y con la que Houellebecq crea, justamente, un tipo de estética propia, basada en la abyección, la oquedad y el hartazgo del sujeto contemporáneo.

1. POSMODERNIDAD: GÉNESIS DE UNA “MUTACIÓN METAFÍSICA”

Entre el querer y el alcanzar discurre toda la vida humana. El deseo es por naturaleza dolor: la consecución genera rápidamente saciedad: el fin era solo aparente: la posesión hace desaparecer el estímulo: el deseo, la necesidad, se hace sentir otra vez bajo una forma nueva: y, si no, aparece la monotonía, el vacío, el aburrimiento, contra los cuales la lucha es tan penosa como contra la necesidad.

Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación I*

Uno de los grandes debates intelectuales que atravesó la segunda mitad del siglo XX, se sabe, es el que sostuvieron los defensores de la modernidad y sus valores de raíces ilustradas y de carácter universal, contra los detractores de la misma, que bajo la insignia de haber entrado en lo que llamaron “posmodernidad” intentaron dar cuenta del evidente derrumbe de los grandes relatos que habían incitado y promovido la era anterior, además de explicar los nuevos fenómenos que producía el avance del capitalismo y la creciente globalización. El libro de Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, se desarrolla tomando como algo evidente la victoria de estos últimos, en especial si volcamos nuestra atención hacia el presente, y observamos las formaciones y características de las nuevas subjetividades que se han generado con la sociedad de consumo, ligada, por supuesto, al tipo de capitalismo ácido que surgió en la década del veinte en Estados Unidos, y que hoy rige en casi todo el planeta, impulsado por una lógica de mercado hasta ahora imparable, y dando lugar a lo que el autor denomina como una “mutación sociológica global que está en curso” (Lipovetsky, 6), y que el mismo Houellebecq, a su vez, reformula en términos de “mutación metafísica” al comienzo de su famosa novela *Las partículas elementales*:

En la época en la que vivió Djerzinski, casi todos consideraban que la filosofía estaba desprovista de cualquier importancia práctica, incluso de objeto. En realidad, la visión del mundo adoptada con mayor frecuencia en un momento dado por los miembros de una sociedad determina su economía, su política y sus costumbres. Las mutaciones metafísicas —es decir, las transiciones radicales y globales de la visión del mundo adoptada por la mayoría— son raras en la historia de la humanidad. Como ejemplo se puede citar la aparición del cristianismo. En cuanto se produce una mutación metafísica, se desarrolla sin encontrar resistencia hasta sus últimas consecuencias. Barre sin ni siquiera prestarles atención los sistemas económicos y políticos, los juicios estéticos, las jerarquías sociales. No hay fuerza humana que pueda interrumpir su curso..., salvo la aparición de una nueva mutación metafísica. (Houellebecq, 1998: 6)

Mutación metafísica que consiste en un cambio de la noción del sujeto y su lugar frente al mundo, ya que se ha llevado a cabo un “proceso de personalización”, un vuelco hacia el individualismo, lo que ha permitido el afianzamiento de una sociedad basada puramente en el anhelo de consumir y en la competencia narcisista. De hecho, si

tuviéramos que seleccionar un rasgo único y fundamental que describa a la posmodernidad, ese sería el consumo masivo, que, desde la perspectiva de Houellebecq, acoplado a las teorías de Lipovetsky, ha traspasado el plano económico y ha degradado, también, las formas de ser y relacionarse de los sujetos contemporáneos. En *El mundo como supermercado*, el autor declara lo siguiente:

La progresiva numerización del funcionamiento microsociológico, muy avanzada en EE.UU, se retrasó notablemente en Europa occidental, como demuestran, por ejemplo, las novelas de Marcel Proust. Fueron necesarios varios decenios para saldar los significados simbólicos sobreañadidos a las diferentes profesiones, ya fueran laudatorias (Iglesia, enseñanza) o peyorativas (publicidad, prostitución). Al término de este proceso de decantación, fue posible establecer una jerarquía precisa entre los estatutos sociales basándose en dos criterios numéricos simples: los ingresos anuales y el número de horas trabajadas. En el ámbito amoroso, también los parámetros del intercambio sexual habían sido tributarios durante mucho tiempo de un sistema de descripción lírica, impresionista, poco fiable. Y otra vez llegó de EE.UU la primera tentativa seria de definición de tipos. Basada en criterios simples y objetivamente verificables (edad, altura, peso, medidas cadera-cintura-pecho en las mujeres; edad, altura, peso, medidas del sexo en erección en los hombres), al principio fue popularizada a través de la industria porno, que pronto pasó el testigo a las revistas femeninas. Si bien la jerarquía económica simplificada fue objeto durante mucho tiempo de oposiciones esporádicas (movimientos a favor de la “justicia social”), la jerarquía erótica, parecía más natural, fue interiorizada rápidamente y consiguió desde el principio un amplio consenso. Desde entonces, capaces de definirse a sí mismos mediante unos pocos parámetros numéricos, liberados de las ideas del Ser que habían obstaculizado durante mucho tiempo la fluidez de sus movimientos mentales, los seres humanos occidentales –por lo menos los más jóvenes- pudieron adaptarse a los cambios tecnológicos que se producían en sus sociedades, cambios que conllevaban a su vez grandes transformaciones económicas, psicológicas y sociales. (Houellebecq, 2011: 56)

Luego de la Segunda Guerra Mundial se produjo una verdadera revolución tecnológica: la aparición de los medios masivos de comunicación audiovisual permitieron achicar las distancias, dieron espacio a discursos minoritarios antes ignorados, a la libertad de expresión, mayor igualdad de derechos, entre otros. Además, en nuestro presente los gobiernos democráticos se han afianzado y fortalecido, ya que se ha puesto fin a las ideologías totalitarias y disciplinarias que se gestaron durante la modernidad y que la llevaron, en efecto, hacia su fracaso. Sin embargo, también se ha dado lugar (y aún continúa) a una proliferación sin precedentes del discurso propagandístico, superfluo y mediático, que se basa en la estimulación constante del deseo y de la lucha por satisfacerlo. Lipovetsky advierte que el establecimiento de esta dialéctica de consumo y su difusión exacerbada mediante los *mass media* ha producido cambios en los modos de percibir, de interpretar el tiempo y el espacio, la vida propia y la de los demás; una alteración de la subjetividad que ha generado una política individualista en los sujetos, así como la creación de una sociedad cuyos valores

tradicionales fueron suplantados, según el sociólogo francés, por el hedonismo y el exceso de información inútil, donde se ha generado "una nueva forma de control de los comportamientos, a la vez que una diversificación incomparable de los modos de vida, una imprecisión sistemática de la esfera privada, de las creencias y los roles [...]" (Lipovetsky, 1983: 5).

De este modo, los sentimientos modernos de pertenencia a un fin colectivo, de deber político, la creencia en el progreso histórico, el hombre nuevo, la vanguardia y la revolución, se han degradado casi en su totalidad. Los grandes ideales que caracterizaron a la modernidad son devorados por una política de personalización que ha promovido "(...) la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable sean cuales sean por lo demás las nuevas formas de control y de homogeneización que se realizan simultáneamente." (Lipovetsky, 1983: 7) Ya no existe algo que movilice o comprometa a los individuos en la búsqueda de sentidos universales, lo que deriva en el vacío en que, afirma Lipovetsky, se ven sumergidos los sujetos como consecuencia de una política de personalización que ha promovido el vuelco hacia la individualidad, la mera subjetividad, en fin, hacia el narcisismo. De este modo, se ha dado lugar a un vacío o "desubstancialización" de la vida privada, social y, si se quiere llegar a un extremo, de la existencia misma. Todo es superfluo, caracterizado por la indiferencia y el modo de vida *flash*: "(...) se empieza a comprender (...) que ya es posible vivir sin objetivo ni sentido, en secuencia flash (...)" (Lipovetsky, 1983: 38). La muerte de Dios no ha llevado a más angustia, sino que, en realidad, a nadie le importa: la búsqueda del placer ha sumido a la sociedad en el desapego del sentido, la relajación y la apatía:

El relajamiento posmoderno liquida la desidia, el enmarcamiento o desbordamiento nihilista, la *relajación* elimina la fijación ascética. Desconectando los deseos de los entusiasmos e indagaciones relacionadas con lo social, el sistema invita al descanso, al descompromiso emocional. (Lipovetsky, 1983: 37)

Por lo tanto, y en resumidas cuentas, el motivo que predomina en la posmodernidad es el sujeto y su anhelo de realizarse, de ser libre: paradoja que se manifiesta en las técnicas de control social cada vez más sofisticadas, donde lo que realmente se produce es una "ilusión de libertad" totalmente alienada y manipulable, que conserva a las masas indiferentes, sumidas en un torbellino infinito de ofertas, publicidad y discursos vacuos, poco creíbles y carentes de toda emoción. La revolución de las necesidades en base a una ética del placer atomiza a los sujetos y vacía de significado a los propósitos

sociales. La frase de Michel en *Plataforma* nos sirve de ejemplo para esta tendencia a la pasividad: “En todas las circunstancias de mi vida, he sido poco más o menos tan libre como un aspirador.” Houellebecq, 2001: 82)

El vuelco de las personas hacia una moral de culto a sí mismas, donde lo que importa es vivir rápido, el *carpe diem* en base al consumo, la celeridad, el culto al cuerpo y la sed de novedades efímeras (que el sistema se encarga de ofrecer con un vigor apabullante), trae consigo el miedo a la vejez, la ansiedad, la frustración, la engañosa indiferencia de la muerte y de la absurdidad: "Cool en sus maneras de hacer y ser, liberado de la culpabilidad moral, el individuo narcisista es, no obstante, propenso a la angustia y la ansiedad (...)" (Lipovetsky, 1983: 111). Y agrega: "Al activar el desarrollo de ambiciones desmesuradas y al hacer imposible su realización, la sociedad narcisista favorece la denigración y el desprecio de uno mismo." (Lipovetsky, 1983: 73) Desprecio por uno mismo que trae consigo el rechazo de las relaciones humanas unidas por valores sentimentales (ya que para el sujeto narcisista los propios impulsos amenazan el equilibrio interior).

Los trastornos narcisistas se presentan no tanto en forma de trastornos con síntomas claros y bien definidos, sino más bien como 'trastornos de carácter' caracterizados por un malestar difuso que lo invade todo, un sentimiento de vacío interior y de absurdidad de la vida, una incapacidad para sentir las cosas y los seres. (Lipovetsky, 1983: 76)

“Trastornos de carácter” que, según el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (teórico muy cercano, cabe destacar, a los trabajos de Lipovetsky), genera la incapacidad de experimentar algún tipo de afecto y de deseo como consecuencia de la búsqueda constante de placer, lo que imposibilita cualquier tipo de vínculo amoroso prolongado entre los seres humanos:

Lleva tiempo (un tiempo insoportablemente largo según los parámetros de una cultura que aborrece la procrastinación y promueve en cambio la ‘satisfacción instantánea’) sembrar, cultivar y alimentar el deseo. El deseo necesita tiempo para germinar, crecer, madurar. A medida que el ‘largo plazo’ se hace cada vez más corto, la velocidad con que madura el deseo, no obstante, se resiste con terquedad a la aceleración; el tiempo necesario para recoger los beneficios de la inversión realizada en el cultivo del deseo parece cada vez más largo, irritante, e insoportablemente largo. (Bauman, 27)

De esta forma, las relaciones humanas ya no están inspiradas por el deseo sino por “las ganas”, es decir, que “siguen la pauta del consumo y sólo requieren la destreza de un consumidor promedio, moderadamente experimentado. Al igual que otros productos,

la relación es para consumo inmediato [...] Primordial y fundamentalmente, es descartable. “(Bauman, 28). Si todo, incluso el amor, es descartable, al hombre posmoderno y, sobre todo, al sujeto houellebecquiano, solo le queda el sentimiento de desesperación, vacío y angustia que lentamente, pero sin cesar, abate contra la sociedad y los individuos de la posmodernidad (Lipovetsky, 1983: 76), tal como lo hallamos, por ejemplo, en Michel, héroe de la segunda novela del autor, *Las partículas elementales*:

Él sólo quería amar; al menos no pedía nada. Nada concreto. La vida, pensaba Michel, tenía que ser algo sencillo; algo que pudiera vivirse como un conjunto de pequeños ritos, indefinidamente repetidos. (...) Una vida sin apuestas y sin dramas. Pero la vida de los hombres no estaba organizada así. A veces salía, observaba a los adolescentes y los edificios. Una cosa era segura: nadie sabía ya cómo vivir. (1998: 120)

No debemos pasar por alto, sin embargo, que las ideas de Bauman y Lipovetsky, muchas veces formuladas en un tono exagerado y pesimista, si se las aplica a la realidad, deben relativizarse arduamente. No obstante, a la hora de analizar la obra de Houellebecq, como ya habrá percibido el lector, el libro de Lipovetsky y las tesis sobre “modernidad líquida” de Bauman encaja casi a la perfección con los tópicos que guían e impulsan el desarrollo de sus novelas. El mismo Houellebecq, por su parte, propone, en su ensayo sociológico *El mundo como supermercado*, un análisis sobre la influencia del sistema capitalista de raíz liberal en los sujetos:

La lógica del supermercado induce forzosamente a la dispersión de los sentidos; el hombre de supermercado no puede ser, orgánicamente, un hombre de voluntad única, de un solo deseo. De ahí viene cierta depresión del querer en el hombre contemporáneo; no es que los individuos deseen menos; al contrario, desean cada vez más; pero sus deseos se han teñido de algo un tanto llamativo y chillón; sin ser puros simulacros, son en gran parte un producto de decisiones externas que podemos llamar, en sentido amplio, *publicitarias*. No hay nada en esos deseos que evoque la fuerza orgánica y total, tercamente empeñada en su cumplimiento, que sugiere la palabra “voluntad”. De ahí se deriva cierta falta de personalidad, perceptible en todos los seres humanos. (1998: 63)

1.2 LA SOCIOLOGÍA COMO NARRACIÓN Y TEORÍA SEXUAL

Una sociedad está condenada cuando ya no tiene fuerzas para ser obtusa. Con un espíritu abierto, demasiado abierto, ¿cómo podría protegerse de los excesos, de los riesgos mortales de la libertad?
Emile Cioran, *Del inconveniente de haber nacido*.

Los personajes de Houellebecq observan con cierta pasividad y hartazgo cómo la lógica de mercado se ha situado como principal base de la vida social e individual: no parece existir un principio más profundo al cual aferrarse, como lo expresa Daniel, el

héroe de *La posibilidad de una isla*: “pensaba que en la realidad contemporánea quedaba tan poco que observar: habíamos simplificado tanto, aligerado tanto, roto tantas barreras, destrozado tantos tabúes, tantas esperanzas equivocadas, tantas aspiraciones falsas; realmente quedaba tan poco... “(2005, 21). O el narrador anónimo de *Ampliación*: “Fumar cigarrillos se ha convertido en la única parte de verdadera libertad en mi existencia. La única acción con la que me comprometo plenamente, con todo mi ser. Mi único proyecto.” (1994: 70). Es que los protagonistas de Houellebecq son sujetos degradados sentimentalmente, asexuados, incapaces de experimentar algún tipo de emoción o real interés por algo. Son sujetos devorados, en fin, por el proceso de personalización y el fracaso sexual: son el residuo de una sociedad que aplasta a quienes no son aptos para ella, donde la felicidad no es posible o está reservada a unos pocos. En esta realidad, todo lleva al sufrimiento, la soledad, y la desolación: una angustia existencial perpetua que se refuerza, principalmente, por la imposibilidad de interactuar con otros.

El mundo se uniformiza ante nuestros ojos; los medios de comunicación progresan; el interior de los apartamentos se enriquece con nuevos equipamientos. Las relaciones humanas se vuelven progresivamente imposibles, lo cual reduce otro tanto la cantidad de anécdotas de las que se compone una vida. Y poco a poco aparece el rostro de la muerte, en todo su esplendor. Se anuncia el tercer milenio. (Houellebecq, 1994: 21)

Este fenómeno de exclusión es la réplica del sistema económico neoliberal, que se ha extendido, mediante la competencia narcisista, al plano privado, penetrando en el ámbito de la sexualidad, la cual funciona como un auténtico sistema de jerarquía social, tal como se advierte en *Ampliación*:

Definitivamente, me decía, no hay duda de que en nuestra sociedad el sexo representa un segundo sistema de diferenciación, con completa independencia del dinero; y se comporta como un sistema de diferenciación tan implacable, al menos, como éste. Por otra parte, los efectos de ambos sistemas son estrictamente equivalentes. Igual que el liberalismo económico desenfrenado, y por motivos análogos, el liberalismo sexual produce fenómenos de *empobrecimiento absoluto*. Algunos hacen el amor todos los días; otros cinco o seis veces en su vida, o nunca. (...) Es lo que se llama “ley del mercado”. En un sistema económico que prohíbe el despido libre, cada cual consigue, más o menos, encontrar su hueco. En un sistema sexual que prohíbe el adulterio, cada cual se las arregla, más o menos, para encontrar su compañero de cama. En un sistema económico perfectamente liberal, algunos acumulan considerables fortunas; otros se hunden en el paro y la miseria. En un sistema sexual perfectamente liberal, algunos tienen una vida erótica variada y excitante; otros se ven reducidos a la masturbación y a la soledad. El liberalismo económico es la ampliación del campo de batalla, su

extensión a todas las edades de la vida y a todas las clases de la sociedad. (Houellebecq, 1994: 112-113)

Podemos decir que este pasaje de *Ampliación* es la tesis fundamental que el autor plantea y desarrolla en casi todos sus escritos: la continua degradación del ser humano como síntoma de la era narcisista. Es evidente, además, el nivel predominantemente teórico del lenguaje, más cercano a la frialdad del ensayo que al lirismo poético. El plano sexual funciona en Houellebecq como el aspecto más visible, más polémico y más fácil de utilizar como sinécdoque de un sistema mucho mayor de debilitamiento de las relaciones humanas y de la sociedad occidental en su conjunto, la cual apesta a “egoísmo masoquismo y muerte”, y que ha creado “un sistema en el cual ya no es posible vivir” (2001, 315), según expresa Michel en *Plataforma*. Así, en tales condiciones, el amor no puede manifestarse, tal como plantea el narrador de *Ampliación*:

Desde el punto de vista amoroso Véronique pertenecía, como todos nosotros, a una *generación sacrificada*. Había sido, desde luego, capaz de amar; le habría gustado seguir siéndolo, se lo concedo; pero ya no era posible. Fenómeno raro, artificial y tardío, el amor solo puede nacer en condiciones mentales especiales, que pocas veces se reúnen, y que son de todo punto opuestas a la libertad de costumbres que caracteriza a la época moderna. Véronique había conocido demasiadas discotecas y demasiados amantes; semejante modo de vida empobrece al ser humano, infrigiéndole daños a veces graves y siempre irreversibles. El amor como inocencia y como capacidad de ilusión, como aptitud para resumir el conjunto del otro sexo en un solo ser amado, rara vez resiste un año de vagabundeo sexual, y nunca dos. En realidad, las sucesivas experiencias acumuladas en el curso de la adolescencia minan y destruyen con toda rapidez cualquier posibilidad de proyección de orden sentimental y novelesca; poco a poco, y de hecho bastante deprisa, se vuelve uno tan capaz de amar como una fregona vieja. Y desde ese momento uno lleva, claro, una vida de fregona; al envejecer se vuelve menos seductor, y por lo tanto amargado. Uno envidia a los jóvenes, y por tanto los odia. Este odio, condenado a ser inconfesable, se envenena y se vuelve cada vez más ardiente; luego se mitiga y se extingue, como se extingue todo. Y solo quedan la amargura y el asco, la enfermedad y esperar la muerte. (1994: 127)

Otro ejemplo claro de la perspectiva pesimista del autor lo encontramos en *Las Partículas*, donde la crítica social surge a raíz de la vida tormentosa de los hermanastros Bruno y Michel, que se criaron en el seno de los movimientos hippies o protestantes de la segunda mitad del siglo XX, donde la liberación sexual es el fenómeno principal y es, justamente, el que los sumerge en la angustia, principalmente, por haber debilitado el ideal del amor y de la familia, tal como anota el narrador de *Las partículas*:

Es chocante comprobar que a veces se ha presentado la liberación sexual como si fuera un sueño comunitario, cuando en realidad se trataba de un nuevo escalón en la progresiva escalada histórica del individualismo. (...) la pareja y la familia eran el último islote de comunismo primitivo en el seno de la sociedad

liberal. La liberación sexual provocó la destrucción de esas comunidades intermediarias, las últimas que separaban al individuo del mercado. Este proceso de destrucción continúa en la actualidad. (1998: 116)

El daño que con el paso del tiempo produce el vacío amoroso en las personas, por su parte, es producto de esa lógica de mercado en la que ha caído el plano sentimental: ya no se busca el ideal de amor sino el éxito en la conquista del cuerpo del otro. Esta tendencia, según la analiza el narrador de *Las partículas*, es impulsada por la estimulación constante del deseo:

[...] el sexo, una vez dissociado de la procreación, subsiste no ya como principio de placer, sino como principio de diferenciación narcisista [...] En sí, el deseo, al contrario que el placer, es fuente de sufrimiento, odio e infelicidad. [...] la sociedad erótico-publicitaria en que vivimos se empeña en organizar el deseo, en aumentar el deseo en proporciones inauditas, mientras mantiene la satisfacción en el ámbito de lo privado. Para que la sociedad funcione, para que continúe la competencia, el deseo tiene que crecer, extenderse y devorar la vida de los hombres. (1998: 161-162)

El deseo y el placer, que son fenómenos culturales, antropológicos, secundarios, no explican a fin de cuentas la sexualidad; lejos de ser factores determinantes, están sociológicamente determinados. En un sistema monógamo, romántico y amoroso, solo pueden alcanzarse a través del ser amado, que en principio es único. En la sociedad liberal en la que vivían Bruno y Christiane, el modelo sexual propuesto por la cultura oficial (publicidad, revistas, organismos sociales y de salud pública) era el de la *aventura*. Dentro de un sistema así, el deseo y el placer aparecen como desenlace de un proceso de *seducción*, haciendo hincapié en la novedad, la pasión y la creatividad individual (cualidades por otra parte requeridas a los empleados en el marco de la vida profesional). (1998: 248)

Al encontrarnos en un escenario capitalista, por otra parte, el deseo sexual no sólo es satisfecho por algunos, sino que sólo lo pueden hacer por un período de tiempo determinado, correspondiente a la adolescencia y la juventud, es decir, cuando el cuerpo aún es digno de ser puesto en oferta. Pasado este período, el ser humano se zambulle en una lucha por el placer que lo lleva a la depresión, la carencia permanente y el descontento consigo mismo. Esto es lo que experimenta, por ejemplo, Bruno en *Las partículas*: “¿Qué había cambiado en realidad desde su propia adolescencia? Tenía los mismos deseos, y era consciente de que lo más probable era que no pudiera satisfacerlos. En un mundo que sólo respeta a la juventud, los seres son devorados poco a poco.” (1998: 112) En *Plataforma*, Jean-Yves es también víctima de este deterioro con tan solo treinta y cuatro años: "No solamente ya no follaba ni tenía tiempo de intentarlo, sino que en realidad ya ni siquiera tenía ganas, y aun peor, sentía inscribirse

en su cuerpo esta pérdida de vida, empezaba a percibir el olor de la muerte." (2001: 203) Daniel 1, finalmente, en *La posibilidad de una isla* (la cuarta novela del autor) afirma:

Hay un período breve e ideal, durante la disolución de las sociedades con una moral religiosa fuerte, en el que los jóvenes tienen verdaderas ganas de llevar una vida libre, desenfrenada, feliz; después se cansan, poco a poco la competencia narcisista puede más, y al final follan menos que en la época de moral religiosa fuerte (2005: 188)

No es casual, entonces, que todos los sujetos con los que trabaja Houellebecq estén dentro de la edad adulta: el héroe de *Ampliación* acaba de cumplir treinta años, y los personajes de *Las partículas* y *Plataforma* no superan los cuarenta y dos, por lo que se encuentran en una etapa donde aún están lejos de la muerte, y sin embargo el tedio que les produce la imposibilidad de relacionarse los lleva al hartazgo de vivir, como es el caso de Michel en *Las partículas*: "La verdad, en su caso, es que estaba completamente harto; sencillamente, no veía el menor motivo para continuar." (1998: 24). O simplemente a transitar la vida de forma indiferente, esperando el momento final, como última resistencia a una realidad que les impide ser, disfrutar y realizarse: "Observo el mundo, me dije; lo observo procediendo empíricamente, con buena fe; no puedo hacer otra cosa que observarlo". (Houellebecq, 2001: 237)

Al ser el ingrediente capital, según Houellebecq, del cual se compone la vida, el sufrimiento es un tópico que atraviesa toda su obra: es mediante la desazón que viven sus personajes que se retrata el vacío posmoderno. En su poesía (incuestionablemente paralela a su obra narrativa) el autor también reflexiona sobre este tema: "Perder el amor es también perderse a uno mismo. La personalidad se esfuma. No nos quedan ni las ganas, no contemplamos ya siquiera lo de tener una personalidad. Ya no somos, en sentido estricto, más que sufrimiento." (*Configuración de la última orilla*, 2016:22). Justamente, el amor, en las tres novelas, es lo único que realmente puede motivar a los sujetos, lo único que puede aliviar el tedio en que están sumergidos. En "Sobrevivir", Houellebecq anota lo siguiente: "Teniendo en cuenta las características de la vida moderna, el amor ya casi no puede manifestarse; pero el ideal del amor no ha disminuido. Al estar fundamentalmente situado, como todo ideal, fuera del tiempo, no puede disminuir ni desaparecer." (Houellebecq, 1991: 12) De aquí resulta la utilización del amor como recurso para crear escenas donde los personajes encuentran la felicidad:

el amor aparece como el único remedio posible al vacío, lo que genera una revalorización de este ideal y le da un tono sentimental y romántico a las obras de Houellebecq, como es el caso de Daniel en *La posibilidad de una isla*: “Para hablar de Belle diré tan solo, sin exageración ni metáfora, que me devolvió la vida. Con ella viví momentos de intensa felicidad. Puede que fuera la primera vez que tenía ocasión de pronunciar esta frase tan sencilla. Viví momentos de intensa felicidad.” (2005: 155). Sin embargo, ese amor no siempre es correspondido, debido a las características de la sociedad y del tipo de subjetividad que poseen sus integrantes. De hecho, los protagonistas de Houellebecq son anticuados, profundamente románticos e incluso machistas. Esto los hace contrastar con su tiempo y experimentar sentimientos ajenos a la época en que viven:

Siempre había sentido, por el contrario, la necesidad de apreciar a alguien para poder amarlo, en el fondo nunca me había sentido completamente a gusto en una relación sexual basada en la mera atracción erótica y la indiferencia hacia el otro, para ser sexualmente feliz siempre había necesitado, a falta de amor, un mínimo de simpatía, de aprecio, de comprensión mutua; no, no había renunciado a la humanidad. (2005:199)

Así, en *La posibilidad*, el amor como forma de idealización, posesión y sufrimiento, atraviesan toda la historia, pero el amor de Daniel, en primer lugar, nunca es correspondido más que en el plano sexual, y en segundo, la falta de amor que vive el personaje produce que cuando por fin lo encuentra, en una especie de radiante excepción, él esté dispuesto a soportar todos los suplicios y controversias hasta el final, en especial la agonía de los celos:

El amor no compartido es una hemorragia. [...] Ella todavía iba con frecuencia a las discotecas, yo lo sabía, y a veces se pasaba la noche entera bailando; pero nunca me pidió que la acompañara. Me la imaginaba contestando a sus amigos cuando la invitaban a salir: ‘No, esta noche, no, estoy con Daniel...’. Ya conocía a la mayoría, muchos eran estudiantes o actores [...] obviamente todos eran jóvenes, ¿cómo iban a ser si no? ¿Cuántos de ellos se habrían sido amantes suyos?, me preguntaba a veces.¹

En este contexto, el amor como idealización y deseo de posesión no es solo una tortura inigualable, sino también un sentimiento desfasado, imposible de comprender para la sociedad en que vive Daniel:

Para Esther, como para todas las chicas de su generación, la sexualidad no era más que un divertimento placentero, guiado por la seducción y el erotismo, que no conllevaba ninguna implicancia sentimental especial; seguramente el amor, igual que la piedad según Nietzsche, nunca había sido otra cosa que una ficción inventada por los débiles para culpabilizar a los fuertes, para imponer límites a su

¹ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 284

libertad y su ferocidad natural. [...] El proyecto milenarismo masculino, perfectamente expresado en nuestra época por las películas pornográficas, consistente en despojar la sexualidad de toda connotación afectiva para devolverla al campo de la pura diversión, había conseguido realizarse por fin en esta generación. Lo que yo sentía, esos jóvenes no podían ni sentirlo ni comprenderlo exactamente, y si hubieran podido habrían experimentado una especie de incomodidad, como ante algo ridículo y un tanto vergonzoso, como ante un estigma de tiempos más antiguos. Tras décadas de condicionamiento y de esfuerzos, por fin habían conseguido extirpar de su corazón uno de los sentimientos humanos más antiguos, y ya estaba hecho, lo que se había destruido no se podría reconstruir, igual que los añicos de una taza rota no podrían reensamblarse por sí solos; habían alcanzado su objetivo: no conocerían el amor en ningún momento de su vida. Eran libres.²

En tales condiciones, el deseo, la idealización, los celos y el sufrimiento, son temas del pasado: el amor en la posmodernidad ha muerto.

En cuanto al *amor*, ya no había que contar con él: yo era sin duda uno de los últimos hombres de mi generación que se quería a sí mismo lo bastante poco como para ser capaz de amar a otra persona, aunque solo fuera así en raras ocasiones, exactamente dos veces en mi vida. No había amor en la libertad individual, en la independencia, era pura y simplemente mentira, y una de las más burdas que se puedan imaginar: sólo hay amor en el deseo de aniquilación, de fusión, de desaparición individual, en una especie, como se decía antaño, de *sentimiento oceánico*, en algo que de todas maneras, al menos en un futuro próximo, estaba condenado.³(Posibilidad, 381)

BIBLIOGRAFIA:

Bauman, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*.

Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2015

Houellebecq, Michel, 1994. *Ampliación del campo de batalla*. Barcelona, Anagrama, 1999.

Houellebecq, Michel. *Configuración de la última orilla*. Barcelona, Anagrama, 2016

Houellebecq, Michel. *El mundo como supermercado*. Buenos Aires, Anagrama, 2011

Houellebecq, Michel, 1998. *Las partículas elementales*. Barcelona, Anagrama, 2013

Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005

² Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 307

³ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 381

Houellebecq, Michel, 2001. *Plataforma*. Buenos Aires, La Página, 2012.

Houellebecq, Michel, 1991. “Sobrevivir”. En: *Poesía*. Barcelona, Anagrama, 2012.

Lipovetsky, Gilles, 1983. *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986.

Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Madrid, Trotta, 2016.